

Josep M. Figueres, *Voces del exilio: veinte testimonios de la diáspora catalana*, México, INAH, 2009, 200 págs.

El libro que vamos a comentar es un paso más en una búsqueda que no cesa, la de recuperar la palabra de los que vivieron la Guerra Civil Española y el exilio para poder reconstruir lo mejor posible los acontecimientos del siglo xx y la vida de los hombres que los realizaron.¹ El libro es, ante todo, un valioso testimonio del exilio catalán que viene a enriquecer una corriente de estudio, la de dar a conocer los hechos históricos en voz de sus protagonistas. Contamos con una buena cantidad de trabajos realizados con este enfoque en varias lenguas: castellano, francés, inglés y desde luego catalán. Como ejemplo recordaré los trabajos de Dolores Pla, destacada investigadora en el arte de hacer entrevistas y extraer de ellas muchas reflexiones sobre el desarrollo histórico del exilio.

Veinte son las entrevistas aquí reunidas que ya fueron dadas a conocer en una serie de treinta programas de Catalunya Ràdio durante el año 2006. El origen, el porqué y el para qué de las entrevistas lo explica claramente el autor al principio del libro. Habla él de “una triple voluntad de preservar el pasado inmediato más escurridizo: la de los propios exiliados, la de él mismo empeñado en preservar del olvido institucional la realidad histórica y la de recuperar los valores de una sociedad democrática”. Con estos ideales, Figueres se lanzó a la empresa en Cataluña y México. Aquí recorrió dice él, “del Pacífico al Atlántico” con el apoyo de José María Murià y de otros muchos catalanes y desde luego del Orfeo Català. Figueres recogió muchas voces y con ellas hizo un programa en el que se tocaba un tema cada día y se reconstruía la secuencia conforme al paso del tiempo. Treinta sesiones aderezadas con lecturas y tertulias de tal manera que fueron muy bien seguidas por la audiencia. Antes de cada voz el editor hace una presentación del que habla en su espacio propio, descrito admirablemente. Como ejemplo, las de Marcel·lí Garriga y Ramón Xirau:

Nos encontramos en Vilanova i la Geltrú a orillas del mar con el olor de las redes y la sal marina, en el pequeño patio de su casa de pescadores de los años treinta, típico y sencillo como un modo de vida que ha desaparecido.

Su casa representa la hospitalidad mexicana más verdadera: espaciosa, amplia, forrada de libros. Me abre su hogar y regala sus palabras. Su esposa mexicana nos acerca, como si fuera ayer, a personajes como Lluís Nicolau d’Olwer, también casado con una mexicana.

Hoy tenemos la esencia de ese programa entre las manos y podemos participar en él porque aquí está contenido. El libro comienza con un prólogo de Figueres que versa sobre “El exilio catalán en Francia: puerta para México”, en el que se esbozan las ideas principales contenidas en el libro: los últimos días de la guerra y la caída de Cataluña. Tal acontecimiento que los poetas, dice él, llamaban “el

¹ Traducción de *Veus de l'exili: 20 testimonis de la diàspora catalana*, Valls, Cossetània Edicions, 2007, 235 págs.

crepúsculo”, era presagio del éxodo, de la salida y Figueres lo atestigua con cuatro relatos que se conservan manuscritos —de Albert Pallàs i Vila, Joan Estiarte y Samsó, Pere Pi Cabanes y Josefina Piquet Ibáñez— y con palabras del gran cronista del exilio catalán Antoni Rovira i Vigili en su obra *Els darrers dies de la Catalunya republicana*. Los relatos son tan vívidos que cualquier lector puede recrear aquellos momentos, vivirlos y sentirlos, y pienso que Figueres los escogió para tal propósito, el de crear un contexto casi real a las entrevistas que siguen.

Las entrevistas constituyen la parte medular del libro. En ellas se recogen veinte testimonios de otros tantos catalanes: Jaume Font (Mollet del Vallés, 1918), Cassandra Mestre (Torredembarra, 1924), Macià Alavedra (Barcelona, 1917), Teodor Garriga (Barcelona, 1909), Teresa Rovira (Barcelona, 1917), Heribert Barrera (Barcelona, 1917), Guillermina Peiró (Mataró, 1924), Amèlia Trueta, Núria Pi-sunyer, Marcel·lí Garriga (Vilanova i la Geltrú), Teresa Pàmies (Balaguer, 1919), Ramón Xirau (Barcelona, 1924), Rosa Maria Durán (Barcelona, 1917), Núria Folch (Barcelona, 1915), Glòria Artís (México, 1947), Adelina Santaló (Barcelona, 1922), Manuel R. Gaya (Lleida, 1916), Maria Antònia Freixes (Barcelona, 1915), Pilar (Santo Domingo, 1946) y Marina Fournier (Guatemala, 1949). El mayor nació en 1909; las menores, en la década de 1940. Son pues varias generaciones las que en el libro hablan, generaciones que coinciden en un momento histórico, y que comparten experiencias del exilio. Pero la mayoría de ellos pertenece a una generación nacida en la década de 1920 o un poco antes, una generación que vivió y participó en la guerra cuando eran muy jóvenes, en una etapa formativa todavía. Puede decirse que son la generación hija de aquella otra que sentó las bases del pensamiento y los ideales de la República, de la que puso en marcha las nuevas instituciones y renovó de raíz las ya existentes. Ellos, como hijos admiradores de sus padres ayudaron desde jóvenes al cambio histórico que se produjo en España con la llegada de la República. Creo que el haber recogido la voz de estas generaciones hijas tiene un gran valor y cubre una necesidad: la de recrear el pensamiento del exilio por boca de los entonces jóvenes o niños como una fuente de conocimiento que ayudará a penetrar mejor en el pensamiento de sus padres y finalmente, en la historia del siglo xx.

De los veinte entrevistados, once pasaron su exilio en Francia, Inglaterra y en países de Europa oriental y regresaron a su tierra: nueve, cruzaron el Atlántico y se dispersaron por tierra americana, concretamente República Dominicana, Venezuela y México. En realidad, la mayoría pasó el exilio en dos países, Francia y México. La palabra de los entrevistados nos permite imaginar las afinidades y diferencias entre estas dos moradas, conocerlas y sentir los esfuerzos que tuvieron que hacer para adaptarse a ellas. Pero sus recuerdos van más lejos y comienzan en un momento en que tomaban conciencia de su destino y se preparaban para ser jóvenes provechosos en un ambiente familiar y tranquilo.

En un cierto sentido puede decirse que todos tuvieron vidas paralelas: guerra en Cataluña, salida, llegada a Francia, exilio, vuelta a Cataluña, para quedarse o para visitarla y recuperarla. Pero en esas vidas paralelas se encierra una

vida propia y única, veinte experiencias vitales diferentes, veinte formas de organizar su paso por la historia, veinte puntos de vista de valorar y repensar el exilio.

Todos recuerdan sus años en Cataluña como años de formación en las escuelas de enseñanza primaria y media, algunos en el Liceo como Ramón Xirau, y otros en escuelas especializadas como Teresa Rovira que estudiaba en la Escuela de Bibliotecarios, o Manuel R. Gaya, en la de Peritos Agrícolas de Caldes de Montbui. Muchos, si no todos, ya participaban en los movimientos sociales que definieron el siglo XX: Teresa Pàmies dentro del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC); Manuel Gaya, dentro de Izquierda Republicana. Inclusive algunos definieron su vida emotiva dentro de estas organizaciones como Núria Folch, que conoció a Joan Sales en el Bloque Obrero y Campesino. Entonces, recuerda ella, “yo era afrancesada y jacobina: los dos éramos creyentes en el comunismo y en su realización como sociedad perfecta”. Desde entonces sus vidas han estado tan unidas que explicarlas separadas sería mutilarlas. Alguno tenía ya una carrera en el movimiento cooperativista, como Teodor Garriga, quien llegó a presidente del Sindicato de Empleados de Emisoras de Radio de toda España después de haber sido pionero en la *Ràdio Associació de Catalunya*. Otros tenían un oficio familiar como es el caso de Marcel·lí Garriga, pescador como su padre. En la palabra de cada uno se refleja su energía, sus ilusiones de participar en un cambio político y social con muchas esperanzas.

Cuando vino el cambio, pronto vino la guerra y algunos de los entrevistados tuvieron que ir al frente como ocurrió con Heriberto Barrera, soldado de artillería, diputado y *conseller* de la Generalitat quien estuvo en la batalla del Ebro, a la que él define como cuatro meses de hambre, sed y mucha metralla; Jaume Font quien relata la retirada hasta Banyoles y la entrada en Francia desposeído de todo. Los que no fueron al frente relatan los sufrimientos que las grandes ciudades tienen que soportar cuando hay guerra: privaciones, inseguridad y bombardeos, como es el caso de Rosa María Durán, quien recuerda la muerte de una tía sepultada en un bombardeo. Algunos recuerdan también el ambiente de Barcelona revuelto por los diferentes movimientos revolucionarios surgidos del impacto del pensamiento socialista del siglo XIX, como Núria Folch, perseguida por el Servicio de Investigación Militar (SIM). Hay que recordar que Barcelona llegó a ser un gran laboratorio donde se elaboraba toda clase de interpretaciones del marxismo y del anarquismo, a veces en una lucha dramática y bajo la persecución de la ortodoxia rigurosa de Moscú.

La salida es uno de los momentos cruciales que recuerdan los entrevistados. En todos, aun para los que salieron en aceptables condiciones en coche hasta la frontera, la salida dejó un recuerdo imborrable de angustia, dolor y desamparo ante un destino desconocido. Tal fue el caso de Teresa Rovira, Núria Pi-sunyer, Ramón Xirau, María Antonia Freixes y Núria Folch, todos ellos recuerdan las carreteras llenas, los bombardeos, el hambre, el frío, la nieve, la desesperanza. Macià Alavedra, niño de cinco años en 1939 no olvida las imágenes de desolación y tristeza que le marcaron para siempre. Otros tienen recuer-

dos más dramáticos como Teodor Garriga en su paso por el Alto Ampurdán, el de un hombre colgado de un árbol con su maleta en los pies al lado de un niño muerto. Ante tanta desolación, Rosa María Durán recuerda que se sentía avergonzada por salir en coche.

Muchos fueron a dar a campos de concentración; unos pocos afortunados tenían amigos o conocidos en Francia y pudieron vivir en ciudades e inclusive trabajar. Teresa Rovira recuerda cómo su familia fue acogida en la Residencia de Intelectuales de Montpellier; Heriberto Barrera también pudo estudiar en aquella Universidad; Amèlia Trueta reconstruyó su vida en Inglaterra; Núria Pi-sunyer también va a Inglaterra; Maciá Alavedra, a París; los Xirau también. Pero la mayoría va a dar a los campos de concentración, Argelès sur Mer, Saint Ciprien, Agdes sur Mer. Allí les esperaba de nuevo el hambre, el frío, las carencias, la arena, la sarna, las humillaciones: Jaume Font, Casandra Mestre, Heriberto Barrera, Guillermina Peiró con su familia, Marcel-lí Garriga, Manuel R. Gaya dejan su recuerdo en estas páginas. De los campos queda también el libro de Cassandra Mestre, *Arreu la sorra* (1986). El título lo dice todo, arena por doquier. Además de la arena, las humillaciones de parte de los soldados, muchos de ellos senegaleses. Cuenta Ramón Xirau que su tío Juan Xirau acabó en uno de esos campos y una noche gritó ¡quien fuera negro!

Los relatos siguen y las vidas también. Cuando la mayoría había logrado salir de los campos franceses y muchos habían embarcado a América, los alemanes invaden Francia y los exiliados se enfrentan de nuevo a un destino desconocido. Algunos se enrolan en la Resistencia, como Teodor Garriga; otros, son llevados a campos más terribles como Marcel-lí Garriga, el pescador anarquista que sobrevivió año y medio en Buchenwald. El caso de Teresa Pàmies es especial. Es llevada a París a una cárcel de delincuentes comunes y, después de cuatro meses, logra salir a Belgrado. Con el tiempo, los comunistas no son bien vistos por el régimen de Tito y se cambia a Praga. Traduce, escribe, trabaja en la Radio; en la famosa Radio Pirenaica que según nos cuenta aquí ni ella misma sabía que estaba en Rumania. Después vivió en Rusia. Su testimonio es impresionante: “Yo no olvidaré los tiempos de la URSS. Para nosotros era el ejemplo de una prueba de dogmatismo, quizá fanatismo, pero totalmente sincero”. Resultado de su exilio es su bien conocido libro *Testamento en Praga*, escrito con su padre, Josep Pàmies, premio Pla en 1971.

Hay que ponderar también que en medio de esta situación de guerra y desamparo, en los testimonios aparecen momentos buenos en que se comparten ideales y esperanzas alrededor de figuras de la catalanidad que, como pequeños soles, iluminan y dan fuerza al ánimo: en París, Tarradellas y varios funcionarios de la Generalitat; en Londres, Carles Pi-sunyer y Josep Trueta, además del gobierno de la Generalitat en el exilio; en Perpiñán, Pompeu Fabra; Rovira i Virgili en Montpellier, donde tenían apoyo de profesores como Marc Bloch y el rector de la Universidad, Jean Sarrailh. Muchos de ellos, además se juntan en Prades, en el Rosellón, alrededor del gran Pau Casals, donde reforzaban y gozaban su catalanidad.

Pero las vidas paralelas se acaban en Francia. Al terminar la guerra y ver que Franco no caía, muchos exiliados comienzan a regresar. Algunos lo hacen muy pronto como Jaume Font, modelo de inteligencia y generosidad y hombre elegido por la fortuna. Pidió la repatriación y se presentó a la Comisión de Prisioneros Presentados. Allí lo recibió un compañero de escuela y lo metió al servicio: de depurado pasó a ser depurador y pudo ayudar a muchos perseguidos consiguiéndoles documentación. Con el tiempo luchó en la clandestinidad en el Front Nacional de Catalunya de Martínez Vendrell. Además de su generosidad Font dejó un legado único del que Josep M. Figueres nos da cuenta: la organización de una fonoteca con voces de las personalidades que conoció y que ahora se conserva en el Arxiu Nacional de Catalunya: “toda una historia del léxico, de los acontecimientos y de las interpretaciones”, nos dice Figueres.

La fortuna, en cambio, se alejó de otros: Guillermina Peiró cuenta la muerte de su padre, el famoso anarquista moderado Joan Peiró, al cual el gobierno de Franco le ofreció el perdón si colaboraba en la organización de los sindicatos verticales. Peiró no aceptó y pagó con su vida. Similar fue el caso de la familia Mestre. Cassandra recuerda la muerte de su hermano Numen Mestre a los veintiséis años, en 1949, quien regresó a España como maquis y fue capturado. Las dos familias rehicieron su vida en Cataluña con el recuerdo constante de la tragedia.

Pero, en verdad, la mayoría fue regresando poco a poco: Macià Alavedra en 1948. Estudia en la Universidad de Barcelona y entra en la política catalana durante la Transición. Al llegar, nos dice “descubrí que había una Cataluña idílica y una real”; Teresa Rovira, en 1953, regresa a su trabajo en la Biblioteca de Catalunya y ayuda a recuperar la obra de su padre Antoni Rovira y Virgili. Heriberto Barrera se forma como ingeniero químico en Montpellier y en París, regresa en 1952 y llega a ser catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona. Amèlia Trueta visita su tierra con su padre en 1952 y se instala definitivamente en Barcelona en 1983. Núria Pi-sunyer, que había pasado la mayor parte del exilio en Caracas, vuelve a Barcelona en 1974. Por su parte Teresa Pàmies después de su odisea en los países del Este, regresa a Barcelona en 1971 con una brillante carrera en las letras. En su testimonio nos dice: “cuando regresé a Cataluña, la impresión más perdurable que todavía tengo hoy fue la idea de que el franquismo había conseguido domesticar a las generaciones que habían nacido en mi ausencia y que era imposible que pudieran escuchar nuestro discurso antifranquista. Pero sucedió [...] que la juventud tenía ideas de progreso, de solidaridad con los perseguidos [...] y de informarse sobre lo que había sido la vida de sus padres y abuelos”.

Otros exiliados deciden cruzar el Atlántico. Antes de terminar la guerra, México abre sus puertas y muy pronto comienzan a llegar. Es ésta una parte épica del exilio, estudiada y recordada siempre con su barco emblema, el *Sinaia* que arribó a Veracruz el 13 de julio de 1939. Ninguno de los protagonistas de este libro vino en el *Sinaia*: vinieron después, cuando pudieron, en plena Guerra Mundial, a excepción de Ramón Xirau, quien llegó a México con sus padres vía

Nueva York. Xirau se formó como filósofo en la Universidad Nacional Autónoma de México y allí ha publicado su extensa obra filosófica y poética. Está presente en las más altas instituciones del país y es muy reconocido en su tierra. En su testimonio toca puntos importantes de su vida en México, de sus amigos y mentores, de su padre. Lo conozco bien y creo que Cataluña sigue en su corazón y sale de vez en cuando en forma de poesía.

Rosa María Durán y Maria Antònia Freixes llegaron en el *Nyassa*, en 1942. Rosa María recuerda el viaje como maravilloso: por primera vez comían bien después de mucho tiempo y además con música, con la orquesta y el coro que dirigía el maestro Baltasar Samper. Recuerda el momento en el que su madre decide arrojar al mar la cartilla de racionamiento de Francia, con alegría y una gran ceremonia: ¡esto ya no sirve! Antonia Freixes vivió la guerra casi hasta el final. Ella había sido secretaria de Antoni María Sbert y después se quedó en la embajada de México en Francia. En México reconstruyó su vida y la de sus hijos, se siente “catalana de México”. Adelina Santaló también llegó en el *Nyassa*. Habla ella de la presencia del “submarino negro” durante el viaje y de su vida en Guadalajara, donde llegó a tener nuevo marido y bonita casa. Y además, ya jubilada, se interesó por la lengua náhuatl. Manuel R. Gaya llegó a México con ilusión. Recuerda que en el barco, en el *Mexique*, aprendió el himno nacional con varios compañeros y al llegar a Veracruz todos lo cantaban en el muelle con las gentes del puerto. Su relato recrea uno más de los grandes recibimientos que se hicieron en el puerto a los barcos de españoles. Poco a poco se fue acomodando y tuvo al Orfeo como su segunda casa.

Testimonios igualmente valiosos provienen de los que llegaron a México después de haber vivido en Santo Domingo, como el de Núria Folch y las hermanas Fournier. Núria llegó con su esposo Joan Sales y en Santo Domingo tuvieron mucha suerte. Ella recuerda su vida allí en un bungalow junto al mar enseñando francés. En México ambos encontraron su morada y él pudo fundar revistas en catalán como *Quaderns de l'exili*, en las que luchó por su ideario, que era el de crear una patria con los países de habla catalana. En Santo Domingo nació una de las hermanas Fournier, Pilar, quien recuerda la vida de sus padres y su llegada a México. Se siente catalana que ama a este país. Su hermana Marina, nacida en Guatemala, narra su niñez y juventud en México, llenas de gratos recuerdos.

Un testimonio más merece la pena ser recordado: el de Glòria Artís. Es la única nacida y formada en México, la más joven de los veinte, con un papel importante en la actual antropología mexicana. El testimonio de Gloria es también el de su padre; nos lo presenta como escritor, pintor, coreógrafo, irónico, crítico con mucho sentido del humor: “convertía la tragedia, la tristeza y el drama en creatividad”. Recrea la emoción y llanto cuando la familia regresó a Cataluña, a raíz de los sucesos de 1968, y de nuevo cuando regresó ella sola a México. En sus palabras descubrimos su verdadera vocación, la antropología, las culturas y las lenguas de los otros. Todo ello en un trasfondo de catalanidad: “Me gusta mucho México, la ciudad, sus culturas”. “A pesar de todo soy parte del pueblo

catalán y me siento parte de su historia, de su cultura. De alguna manera parece que no tienes patria y tienes dos y te sientes identificada con la una y con la otra. Pero cuesta mucho esta mezcla vital”, nos dice.

En suma, los testimonios aquí publicados nos muestran la vida difícil de los exiliados debatiéndose entre dos patrias. A diferencia de los que se regresaron de Francia, que recuperaron su catalanidad totalmente, los que vinieron a América, a México, tuvieron que armonizar su sentimiento de catalanidad con lo que el exilio les regaló, la mexicanidad. En los relatos se toca este punto y de muchas formas se dice: “México nos ha dado la posibilidad de tener una vida normal, de sentirme catalana y orgullosa de serlo a la vez que gozar de las ventajas de ser mexicana” (Rosa María Durán). “El exilio fue salvación y nueva vida. Era un reto que tenía que afrontar, que debía resolver y que había que ganar” (Manuel R. Gaya).

Es también el caso de José M. Murià, quien cierra el libro con un “Epílogo” titulado “Luz y sombra del exilio catalán en México”. Y lo hace desde una doble perspectiva: la de historiador e “historiado”, espectador y “espectado”, agente y paciente, juez y parte. La tarea es difícil pero no hay que olvidar que él es hijo del exilio y además doctor en historia. De manera que paso a paso y desde su propia experiencia va desgranando la vida de los catalanes en México y su resonancia en Cataluña. Parte de la idea de que Cataluña sufrió un desgarró, quizá el desgarró mayor de su historia, al desprenderse de tantos hijos. “Fue una sangría de la que no se recupera. Muchos echaron raíces en México, con muchas lágrimas y gotas de sudor”. Resalta que en ciertos momentos, México fue la capital de la cultura catalana, aquí se celebraron cuatro veces los Juegos Florales y se renovó el gobierno catalán en 1954.

Pero esta luz tiene su sombra: “en Cataluña no se ha reconocido la tarea de los catalanes de México, su esfuerzo, su lucha por la catalanidad: es más, se hacen los disimulados, no hay presencia del exilio en museos, libros escolares y la calle los ha olvidado; eran rojos casi delincuentes”. E inclusive aquí, en la comunidad y algunas instituciones catalanas de México, a veces se siente desinterés. En contraposición, recuerda los esfuerzos políticos y diplomáticos de México para acoger al exilio desafiando foros internacionales.

Finalmente José María sucumbe a narrar parte de su vida y la de su familia, la vida cotidiana, las comidas, el papel de la mujer en la casa y con los hijos, los momentos sencillos del día a día en los que se guarda la catalanidad. Especial relieve guarda la fiesta de la Navidad, celebrada como un rito y compartida por carta con la familia que quedó allá lejos. Su padre, don José María, es actor importante en este vivir conservando la catalanidad y adquiriendo la mexicanidad. Contaba él algo muy bonito que José María guarda como tesoro y que todos debemos conocer: cuando la familia Murià llegó a Veracruz, el padre tuvo que dejar los papeles que traía en manos del oficial, quien le dio a cambio un cartoncillo con un número y le dijo que al llegar a México “se diera una vueltecita por la Secretaría de Gobernación”. Don José María se asustó al quedar sin papeles y le preguntó que “para qué era el cartoncito”. “No se apure —dijo el oficial— si ya

es usted uno de los nuestros”. Los catalanes que respondieron a este llamado de ser “uno de los nuestros” y no se encerraron en su mundo, dice Murià, “ganaron una nueva tierra. En esta nueva tierra, el exilio catalán no ha muerto; mantiene gran vitalidad que se nutre y refuerza con la Cataluña real”.

En fin, el libro de Josep M. Figueres es un esmerado trabajo de historia oral en el que se refleja la Cataluña peregrina que ha sabido mantener la catalanidad aun en los momentos más difíciles de su historia. Los testimonios de los veinte catalanes y el ensayo de José María Murià son un símbolo de que Cataluña sigue en el corazón de todos y sale con fuerza cuando recuerdan su vida.

Ascensión Hernández de León-Portilla